

giones que le impidieron conseguir su objeto y hacer las cosas en el modo propuesto. Los cuales traidores descubrieron prematuramente su plan al Rey, revelándosele de aquella manera más ocasionada en su ánimo á irritar y alarmar el espíritu débil y enfermo del Monarca, quien imaginó estultamente que sus juramentos le vedaban la facultad de asentir á los planes de Pitt; y como no era posible discutir con él, en vano intentó Dundas explicarle el caso, pues recibió en respuesta de Jorge III que guardase para sí su metafísica escocesa. Entónces, Pitt y sus mas hábiles compañeros de Gabinete, hicieron dimisión, poniendo al Rey en la necesidad de concertar voluntades para formar otro ministerio, empresa que subió de punto sus escrúpulos y con ellos su tristeza y su cólera, y dió al traste con su razon, adoleciendo de nuevo de la misma enfermedad que años ántes lo hizo incapaz de seguir ejerciendo las funciones de su oficio. Así las cosas, convocó á su familia, le hizo leer la fórmula del juramento de la coronacion, y expuso á seguida que si lo violaba, el cetro de Inglaterra pasaria *ipso facto* á la casa de Saboya. Sólo al cabo de un interregno de semanas recobró de nuevo Jorge III el pleno uso de su pobre inteligencia, constituyéndose un ministerio segun deseaba para tranquilidad de su conciencia.

Los materiales que hubo de reunir para conseguirlo no eran sólidos ni de primera calidad, porque no pudiendo recurrir al partido débil en número y fuerte por el talento de sus individuos, pero contrario á su política exterior y á la interior del Gabinete precedente, en razon á que aun cuando no se hallaba de acuerdo con los últimos consejeros de la Corona en todos aquellos puntos que habian

merecido la sancion del Monarca, se hallaba precisamente conforme con ellos en el único negocio que habia sido causa de su desgracia, cuanto pudo hacer S. M. fué llamar los ministros de segunda fila que sirvieron bajo la presidencia de Pitt para colocarlos en la primera; viéndose por tal manera, en una época tan abundante como aquella en talentos parlamentarios, un Gabinete que apenas contaba un solo individuo cuyas condiciones oratorias fueran parte á distinguirlo en modo alguno. El cargo más importante lo tomó para sí un hombre laborioso, pero de no muy claro ingenio, llamado Enrique Adington, que pasó á la Tesorería. Habia sido partidario de Pitt, y la influencia de éste lo llevó, cuando todavía era muy jóven, al sillón presidencial de la Cámara de los Comunes; y aunque generalmente convenian todos en que despues de Onslow ninguno habia ejercido mejor el oficio, la naturaleza no lo dotó de grandes facultades, y la misma honrosa posicion ocupada tan largo espacio por él, ántes lo hacia impropio á su nuevo empleo que no apto; como que su papel estuvo reducido en la presidencia de la Cámara de los Comunes á permanecer equidistante y neutral entre las facciones rivales, sin tomar parte alguna en las lides parlamentarias que tenian lugar á su vista, mereciendo ser tratado por esta causa con el mayor respeto por los campeones que á derecha é izquierda de su sitial se asestaban en el fragor de la pelea golpes tan rudos, violentos y certeros. De aquí que cuando la primera vez de su vida hubo de hallarse frente á frente de vigorosos y hábiles antagonistas, que descargaban fieros y sin misericordia sobre él con toda la fuerza y peso de sus razonamientos, pareciera un tanto turbado, confuso y vacilante, y

que los aires de dignidad y de autoridad que había contraído en la presidencia, y de los cuales no se despojaba en el banco ministerial, se antojaron ridículos. Sin embargo, durante algunos meses permaneció al frente de su departamento con muestras de sólida estabilidad, pues gozaba de mucho favor con el Rey, á quien se parecía en lo limitado de la inteligencia y al que rendía mayor acatamiento y más grandes muestras de afecto que nunca le dió Pitt, y la nación rebosaba de contento y entusiasmo, merced á las recientes paces celebradas con Francia.

Ni tampoco podía ser de otro modo, porque los arranques de entusiasmo con que acogieron la guerra las clases elevadas y medias ya no parecían; el jacobinismo no se reputaba tampoco formidable; la reacción era fuerte y completa contra la filosofía llamada generalmente anárquica y atea del siglo xviii; y veíase, además, á Bonaparte rehacer con las ruinas de las antiguas instituciones nuevo clero y aristocracia nueva, sin que nadie sospechara siquiera la proximidad del momento en que la soberanía del mundo civilizado apenas fuera bastante á saciar su sed de mando y de dominio. Partiendo de estas premisas, los varones ilustres de Inglaterra no veían razón alguna para dudar de la buena fe del héroe de Italia y no persuadirse de que pudiera ser vecino tan tranquilo y seguro para su patria como el mejor de los reyes de la casa de Borbon; no siendo, por tanto, extraño, que la mayoría del pueblo inglés acogiera el tratado de Amiens con muestras exageradas y hasta ridículas de alegría, merced á lo cual el nuevo Gabinete logró disfrutar de momentánea popularidad. Y como no tenía enfrente adversarios, su falta de dotes oratorias era defecto de poca consecuencia. La oposición antigua, sedu-

cida de la paz, era benévola con el Gobierno, y la nueva, formada con algunos individuos del anterior Ministerio y dirigida en la Cámara de los Lores por Grenville, y por Windham en la de los Comunes, ni reunía diez votos, ni era simpática tampoco á la nación. Además, los ministros contaban con el apoyo de Pitt, el cual no abandonó el poder de mala voluntad, como varios de sus colegas, y había prometido á Enrique Addington secundarlo en la medida de sus fuerzas, expresándole al propio tiempo cuánto respetaba los escrúpulos de S. M.; y por tal modo, si fuera del Parlamento lo auxiliaba de sus consejos y experiencia, en la Cámara lo servía eficazmente, defendiéndolo con habilidad y elocuencia muy superior á la de su cliente, detras de cuyo banco había tomado asiento. Tanto estimaba el Rey la importancia del apoyo de Pitt, que un día le dijo en presencia de Addington: «Si los tres quedamos acordes, todo marchará perfectamente.»

Mas no era esto posible, siendo cual es la naturaleza humana en general, y la de Pitt y Addington en particular. Porque Pitt, persuadido de la superioridad de su talento, imaginó que ocupaba el puesto dejado por él una manera de maniquí, á su disposición en todo mientras lo dejara en el poder, y al que daría de lado cuando le pluguiera recuperarlo; y como presto comenzó á sentir la nostalgia del gobierno, por haberlo ejercido desde muy temprano y largo tiempo, y tornándose necesidad de su vida, los días que pasaba en el alejamiento de los negocios públicos eran largos, monótonos y tristes para él, no sabiendo imitar á Fox, que olvidaba los sueños de su ambición con el estudio de Eurípides y Herodoto; y como, además, el orgullo no le consentía comunicar ni aun á sus íntimos amigos la

idea que ya le preocupaba de volver al Gabinete, comenzó á parecerle singular, extraño y hasta ingrato el proceder de los que no adivinaban su deseo satisfaciéndolo sin tardanza, principalmente aquel á quien reputaba para sí por suplente suyo.

Addington, por su parte, no se hallaba dispuesto en modo alguno á dejar el poder, pues se hacía ilusiones parecidas á las de Abou-Hassan en *Las mil y una noches*, y envaneciéndose con exceso durante su corto califato, y tomando por lo serio su elevación, imaginó que la debía en todo á sus merecimientos, llegando á persuadirse sin dificultad de que formaba parte del gran triunvirato de varones ilustres de Inglaterra, y de que se hallaba de todo en todo al nivel de Fox y de Pitt, siendo su complemento.

Hallándose animados de tan opuestos pareceres el ministro dimitente y el propietario, la ruptura era inevitable; y como si no fuera bastante á producirle su recíproca hostilidad, acudieron á precipitarla los amigos ociosos que ansiaban repartirse los despojos de la batalla, hiriendo el amor propio de Addington, con decir que hacía en el gobierno el papel de un lacayo que toma puesto y lo guarda para cuando su amo guste de ocuparlo. A su vez, otros, en desquite, aprovechaban todas las ocasiones de alabarle á costa de Pitt, el cual, decían, había emprendido una guerra larga, sangrienta, ruinosa y desgraciada, y Addington hecho la paz; que mientras Pitt había suspendido las libertades constitucionales de los ingleses, añadían, Addington los había reintegrado en ellas; y en tanto aquel no hizo sino disipar los caudales públicos, éste consagraba todos sus esfuerzos á restablecer el equilibrio de la Hacienda. Bueno será decir también, por nuestra parte,

que á las veces oía con singular complacencia estas alabanzas el rival de Pitt, y que ya Pitt se mostraba con Addington reservado y frío.

Así las cosas, se alejó William Pitt de Londres por espacio de algunos meses, y durante su ausencia, sin tener en cuenta sus más íntimos amigos las declaraciones tantas veces formuladas por él respecto de que no había méritos para quejarse de la conducta del Gabinete y de que no deseaba en modo alguno volver al gobierno, se agitaron sin tregua para derribar á Enrique Addington, descollando entre todos por su actividad Jorge Canaing, su discípulo favorito, joven apasionado, ambicioso, de gran talento y brillantes prendas; pero de carácter harto impaciente y mordaz por su mal. En efecto, Canning hablaba, escribía é intrigaba sin vagar, y estrechaba en un círculo de ardides á varios de los ministros para que suscribieran una circular pidiendo un cambio en la administración; y entre tanto Addington y sus amigos eran objeto de las más punzantes agresiones por medio de la prensa, como sus partidarios replicaban con igual encono, aunque no con tan feliz ingenio, no le quedó á Pitt la facultad de permanecer indiferente y neutral en esta lucha de epigramas á ménos de renunciar por completo á la política.

Si Napoleon se hubiera contentado con ser el primero de los monarcas del continente; si despues de alcanzar fama guerrera más gloriosa que la de Turena y de Marlborough, se hubiera consagrado á la noble tarea de hacer feliz á la Francia bajo un gobierno santificado del culto de las leyes, Inglaterra hubiera podido tolerar durante largo tiempo su ménos que mediano gobierno. Pero, desgraciadamente, apénas firmadas las capitulaciones de

Amiens, la insaciable ambicion y la desaforada insolencia del Primer cónsul persuadieron á la mayoría del pueblo inglés de que la paz tan cándida y entusiastamente acogida sólo era pasajero armisticio. Y á medida que penetraba más en el ánimo de los ingleses la conviccion de que se hacia inevitable nueva guerra, y de que se hallarian empeñadas en ella y comprometidas la dignidad, la independencia y hasta la vida de la nacion, crecia la inquietud y la zozobra en todos, considerando cuánto era débil y pobre de recursos el gobierno que habria de luchar contra un adversario en quien se hallaban reunidos poder más robusto y extenso que el de Luis el Grande, y talento más temible y vasto que el del gran Federico. Cierta es que Addington hubiera podido ser fácilmente mejor ministro de la Guerra que Pitt, y que no lo hubiera sido peor en ningun caso; pero no lo es ménos que Pitt ejercia ilimitada influencia en las imaginaciones, que tenia seducidos y fascinados á los ingleses, y que la elocuencia, el buen juicio, la tranquila y desdenosa firmeza demostrada por él en el Parlamento durante muchos años, los habian persuadido de que poseia en grado eminente cuantas circunstancias son necesarias para dirigir todos los ramos del gobierno. Y tanto fué así, que creian despues de los tristes fracasos de Quiberon, de Dunkerque y del Helder, que sólo él era capaz de medirse con Napoleon Bonaparte. Y como este convencimiento aún estuviera más arraigado entre los compañeros de Addington que en otra parte, llegó á ser tal y tan fuerte la presion, que al cabo hubo de ceder á la corriente; mas, cediendo, dió la mejor prueba de cuán léjos se hallaba de conocer su verdadera situacion, pues propuso que se diera el cargo de

primer lord de la Tesorería á un personaje inofensivo de la nobleza, juntamente con la jefatura nominal del Gabinete, reservando la verdadera para él y Pitt á título de secretarios de Estado. Fácil es comprender que Pitt rehusó la oferta, acogiendo el proyecto con evidentes muestras de menosprecio y negándose á discutirlo siquiera. «¿Qué secretaria os han propuesto? le preguntó su amigo Wilberforce.—A decir verdad, le contestó Pitt, no se me ha ocurrido averiguarlo siquiera.» Addington tuvo miedo con esto, y rebajó de sus pretensiones, prometiendo á Pitt la Tesorería; pero á condicion de que no se hicieran cambios esenciales en el Gabinete, sin lograr tampoco su asentimiento, lo cual dió motivo á un altercado, como suele suceder tratándose de negociaciones verbales, aún cuando estas tengan lugar entre hombres de honor, pues Pitt refirió las cosas de un modo y Addington de otro; y aunque las diferencias de las dos relaciones no fueran tales que pudieran calificarse recíprocamente sus autores de haber faltado á sabiendas á la verdad, es lo cierto que desde aquel punto se indisputaron, agriándose por extremo sus relaciones.

Así las cosas, hizo crisis la querrela de los ingleses con el Primer Cónsul, y el 16 de Marzo de 1803, pidió el Rey á la Cámara de los Comunes, por medio de un mensaje, que lo secundara en la empresa de poner coto á los designios ambiciosos de la Francia. La Cámara tomó en consideracion el Mensaje á 28 dias del mismo mes.

Hacia mucho tiempo que vivia Pitt alejado de la política palpitante; y como en ausencia suya se habian hecho nuevas elecciones, pasaba de doscientos la cifra de los diputados que no lo conocian sino de nombre, ganosos todos de oirlo por primera vez;

curiosidad que subía de punto sabiendo que terciaría en la discusión. Desgraciadamente, por efecto de una mala inteligencia, quedaron aquel día excluidos de sus asientos los periodistas encargados de hacer el extracto de su discurso, y por esta causa los diarios dieron sólo idea superficial de la sesión, faltándonos por completo los datos necesarios para juzgarla, como no sean los apuntes contenidos en varias cartas particulares, y más principalmente en una escrita por el joven diputado John William Ward, conocido luego por lord Dudley. Aplaudieron mucho á Pitt al levantarse para usar de la palabra, y con verdadero entusiasmo al final de cada período del discurso, cuya peroración fué, á lo que dicen, una de las más vigorosas y elocuentes que se hubieran oído en la Cámara de los Comunes. «El discurso de Pitt, escribía Fox algunos días después, ha sido admirable y admirado con justicia: de mí sé decir, que lo creo el mejor de cuantos ha pronunciado en su vida.» Hubo de suspenderse la discusión aquel día, y al siguiente, Fox replicó en tales términos que dejó indeciso el triunfo de la elocuencia, como hubieron de confesarlo todos, incluso los *pittistas* más intransigentes. Addington terció en el debate, y excusado nos parece añadir cuán triste papel no haría entre los dos grandes rivales. Consignaremos de paso que Pitt, al exhortar calurosamente á los diputados para que sostuvieran al poder ejecutivo contra la Francia, no hizo la menor alusión que fuese parte á indicar siquiera benevolencia, ni ménos amistad, hácia el primer ministro; circunstancia muy notada del público.

Declarada la guerra, el Primer Cónsul amenazó invadir la Gran Bretaña con los vencedores de Bélgica y de Italia, estableciendo al efecto un campa-

mento á orillas del estrecho y cerca de Boulogne. En masa se habría levantado entónces el pueblo inglés para defender sus hogares; que así en aquella circunstancia como en tantas otras de su historia, como en 1660, por ejemplo, y en 1688, los buenos se mostraron generalmente dispuestos á olvidar sus rencillas y á estrechar la mano de quien tuviera patriotismo, y por esta causa la coalición de todos los hombres eminentes hubiera sido en el momento que nos ocupa tan popular como impopular fué la de 1788, siendo el Rey la única persona del país que viera con buenos ojos un Gobierno en el cual no había persona que le aventajara en cordura é inteligencia, y que ántes prefiriese la exclusion de los estadistas de cuenta que su entrada en el Gobierno.

Aun pasaron meses ántes de que los diversos bandos, reunidos en odio y desprecio al Gobierno, consiguieran concertarse y fundir sus voluntades; mas, al llegar la primavera de 1804, fué á todos evidente que habría de luchar el más débil de los Ministerios contra la más poderosa oposición, formada de tres oposiciones reunidas, cada una de las cuales separadamente habría sido temible por el talento de sus individuos, pero que, coligadas, eran formidables por el número. El partido que se había declarado contra la paz, con Grenville y Windham á la cabeza, y el partido que se había declarado contra la renovación de la guerra, con Fox al frente, pensaron acordes que los hombres del Gobierno así eran incapaces de hacer la paz en buenas condiciones, como de dirigir la guerra vigorosamente. Y aun cuando en 1802 había Pitt hablado en favor de la paz contra el partido de Grenville, y en 1803 en favor de la guerra contra el partido de Fox, en lo tocante á la fuerza del Gabinete, y, sobre todo, á la

pericia de su jefe para guiar la nave del Estado en momentos difíciles, opinaba lo propio que Fox y Grenville. Así los ánimos, se buscó la fórmula de la oposicion, y fácilmente se halló en diversas cuestiones respecto de las cuales todos los adversarios del Gobierno podian moverse concertados y unánimes. Entónces el malaventurado primer lord de la Tesorería, que durante los primeros meses de Ministerio habia tenido el apoyo de Pitt y de Fox, hubo de habérselas con ambos, siendo tal la impetuosidad del ataque y el resultado de la votacion que siguió á dos discusiones promovidas por los contrarios, que determinó de abandonar el poder. Ni tampoco era posible otra cosa, viendo que áun le tenia más enemiga la Cámara de los Lores que la de los Comunes; que los pares de Escocia vacilaban, y que habia síntomas de hostilidad en los escaños de los obispos. Además, la discordia y la traicion imperaban en el Gabinete. Sólo quedaba un remedio: ceder. Ríñóse, pues, Addington, y William Pitt recibió encargo de formar ministerio.

Pensaba Pitt que nunca se habia ofrecido, ni se ofrecería jamás, ocasion tan propicia como aquella para reunir bajo condiciones honrosísimas los hombres eminentes del reino. En efecto, las pasiones suscitadas por la Revolucion francesa se habian extinguido; la demencia del novador y la del alarmista no eran ya de moda; con el jacobinismo y el anti-jacobinismo sucedia lo propio; los liberales más avanzados convenian en que no eran aquellos momentos los mejores para plantear reformas parlamentarias, y los más conservadores nada decian de leyes de exclusion ni de suspension de garantías. Y como la lucha por la independencía y la honra nacional absorbía los ánimos de todos, y los que se

hallaban de acuerdo en orden al deber de impulsar vigorosamente la lucha podian remitir á ocasion más propicia las polémicas respecto de asuntos de poca monta comparados con éste, Pitt hubiera querido, bajo la influencia de tan favorables auspicios, llevar á su Ministerio los notables de la nacion. Inspirado en estas ideas, y reservando para sí la Tesorería, propuso á Fox una participacion en el poder igual á la suya.

Con ser el pensamiento inmejorable, no pudo realizarse por rechazarlo el Monarca, hombre, como ya dijimos, de tarda inteligencia, velado espíritu, terco, rencoroso y en aquel entónces casi demente. Todo lo aceptaba, excepto Fox, incluso cualquiera otro *whig*, áun de los que habian ido tan léjos ó más que él en lo que llamaba S. M. jacobinismo: Sheridan, Grey, Erskine, cualquiera menos el propuesto. Pitt quiso reducir la oposicion de Jorge III, y empleó al efecto algunas horas en discutir la candidatura de Fox; pero nada consiguió, y fueron en vano todos sus razonamientos, porque se trataba de una invencible antipatia personal. Es indudable que Pitt procedia con la más perfecta sinceridad entónces; pero no lo es ménos que no bastaba en aquel caso concreto la sinceridad, siendo indispensable la energía, y que si hubiera expuesto resueltamente al Rey el propósito de no ser ministro sin Fox, al cabo habria cedido S. M., como cedió algun tiempo despues cuando hubo de luchar con la inquebrantable firmeza de lord Grenville. Cedió Pitt, en mal hora, de su empeño, persuadido, al prescindir de la cooperacion de su ilustre rival, que áun podria encontrar en otra parte elementos para constituir un ministerio poderoso y fuerte; mas lo engañó su buen deseo, porque áun cuando Fox suplicó á sus amigos

que dieran de lado á las consideraciones personales, manifestándoles que apoyaría con la mejor voluntad un Gabinete de hombres capaces y animados de verdadero patriotismo, en el cual no tuviera él asiento, no solamente sus parciales, sino hasta Grenville y los suyos, le contestaron que no se trataba de nada personal en el negocio, por más que lo pareciera, sino de un gran principio constitucional, y que no entrarían en ninguna combinacion que apartara del poder ejecutivo á un hombre de tantos merecimientos sólo por no estar bien quisto en Palacio. Con esto no quedaba otro remedio á Pitt sino formar un Gabinete con los despojos del naufragio de Addington, y así lo hizo, allegando, además, para completarlo, algunos útiles auxiliares de su círculo particular, tales como Dundas, que ya era vizconde de Melville, Canning y lord Harrowby.

Bajo auspicios tan tristes volvió Pitt aquella vez al poder, correspondiendo á ellos la historia entera de su segundo Ministerio. Casi todos los meses ocurrían contratiempos, desventuras, desastres y humillaciones: á la guerra con Francia se añadió la guerra con España; la oposicion se hizo numerosa y fuerte sobre constar de hombres hábiles y activos; y el Gabinete, á su vez, comenzó á perder los elementos más útiles que habían entrado en su composicion, tales como lord Harrowby, víctima de una enfermedad, y lord Melville, de acusaciones graves, por haberse descubierto ciertos manejos suyos fraudulentos en la gestion de los caudales públicos; lo cual le valió un voto de censura en la Cámara de los Comunes, teniendo que dimitir á seguida y retirarse del Consejo privado de S. M. Terrible fué para Pitt el golpe que recibió con lo de Dundas, y su dolor fué inmenso, como lo expresó

en el Parlamento, donde al pronunciar la palabra *dolor* pareció tan impresionado, que hubo de interrumpir el discurso, creyendo sus oyentes que lloraba. Y en verdad que si aquellas lágrimas en los ojos de lord Eldon hubieran provocado á risa, y en los del sensible y sincero Fox habrían movido á simpatía sin causar sorpresa, en los de Pitt hubiesen tenido algo de solemne y verdaderamente triste. Cuando se hubo repuesto y recobrado la calma, prosiguió con la majestuosa grandeza característica y propia de su elocuencia, comunicando á sus oyentes la emocion que lo embargaba.

Las circunstancias difíciles que lo rodeaban lo pusieron en el caso de apelar á remedios del momento para ir vencéndolas, no queriendo tal vez, ó no siéndole posible, resolverlas de otro modo; y uno de los expedientes á que recurrió fué acudir á Enrique Addington, el cual se dejó persuadir, consintiendo en formar parte del Gabinete con el título de Par. Pero además de que ninguna ventaja traía este nuevo ministro al Gobierno, como sólo había sido aparente la reconciliacion y fuera imposible al ofendido perdonar lo pasado, despues de mostrarse constantemente susceptible y quisquilloso con exceso, acabó por retirarse. Más tarde renovó la tentativa de vencer la voluntad del Rey hácia Fox, y aún llegó á decirse que iba cediendo Jorge III. Pero no era fácil ya por entónces á Pitt disimular á los ojos del público la decadencia de su propia salud y el estado de continua sobrexcitacion y de angustia creciente que devoraba su alma. Pitt no dormía; las viandas no eran eficaces á nutrirlo, y cuantos pasaban cerca de él en el Parque, ó lo veían en las audiencias de Downing-Street, quedaban sorprendidos del aspecto de su fisonomía, y sobre todo de